

10 AÑOS SIN JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE ROTA (1940-2010)

LA CONTINUIDAD Y EL VALOR DE UN MAGISTERIO ANTROPOLÓGICO. NOTAS SOBRE “UNA ETNOGRAFÍA DE LOS ANTROPÓLOGOS EN EE.UU. CONSECUENCIAS DE LOS DEBATES POSMODERNOS”.

XERARDO PEREIRO

Universidade de Trás-os-Montes e Alto Douro

Hace 10 años del fallecimiento del antropólogo José Antonio Fernández de Rota (Universidad de A Coruña), y aunque en el título de este texto he escrito “10 años sin”, en realidad está siempre en nuestro recuerdo y memoria. Su fructífera vida y obra es una semilla humana e intelectual que sigue brotando, no solamente para alumnos privilegiados del mismo como yo he tenido la suerte de ser, sino para todos los que se dedican al apasionante oficio de la antropología. Como gallego universal “bon e xeneroso”, como académico, profesor, investigador, amigo, padre, ciudadano y divulgador de la antropología nos ha abierto caminos que siguen con sus señales puestas y sus metas más que válidas, pero lo que es más importante aún, nos ha dejado una obra de un gran estímulo para el futuro de la antropología.

En este texto y como forma de homenaje voy a reseñar su última obra resultado de un largo trabajo de campo de más de 2 décadas, publicada póstumamente en el año 2012 y que a pesar del paso del tiempo sigue teniendo mucha vigencia y actualidad. En un tono confesional, empiezo por afirmar que este texto es una revisitación de la obra y de mi extenso resumen, hecho ya hace bastante tiempo, pero que permanentemente me inspira en mis clases e investigaciones. El libro publicado por Akal completa 382 páginas estructuradas en 8 capítulos e incluye un posfacio de su hijo Antón, también antropólogo. Es una obra densa en detalles y profundidad, escrita en castellano y que fue resultado de muchos años de trabajo estudiando la antropología y los antropólogos

de los Estados Unidos de América, un desafío que en los debates de la antropología española se había lanzado a finales de los años 1980 y que José Antonio aceptó con mucho entusiasmo. Su estancia en los departamentos de antropología estadounidenses ha creado una mirada descentrada de una tradición antropológica central en nuestra disciplina y oficio, pero lejos de ser una mirada periférica o distante es una mirada próxima y comprensiva que agarra al lector y lo mete en la vida y debates de los cánones antropológicos, es decir de lo que es y cómo debe ser y hacer la antropología.

El primer capítulo (I. Una etnografía original) parte de la idea de Arturo Escobar de que no existe una antropología “americana” sino diversas antropologías, en 270 departamentos, más de 200 de ellos compartidos con Sociología, lo que muestra el proceso y el tipo de institucionalización “sociologista” de la antropología en los EE.UU. En este capítulo también nos cuenta su experiencia metodológica, o, dicho de otro modo, su entrada en la tribu antropológica USA, la cordialidad, las barreras, el examen previo a que era sometido y la identificación del trabajo de campo del otro como nexo de comunicación y puente entre antropólogos. También reflexiona sobre las ventajas de ser un antropólogo extranjero en los EE. UU y cómo ello generó una cierta complicidad, menor presión, más confidencialidad y una facilidad especial para entrar en todas partes a hablar con ellos. La etnografía de José Antonio es aquí de un tipo particular y bien delimitada, una etnografía de la relación

de los antropólogos con la antropología en cuanto disciplina académica, profesión, institución y estilo de vida, en un momento concreto después del boom posmoderno y la crisis del realismo etnográfico.

El segundo capítulo (II. Precedentes históricos) hace la función de una contextualización histórica y una genealogía de la propia disciplina en los EE.UU. Nos presenta a Boas como fundador, particularista historicista, crítico antievolucionista, utilizador del concepto de cultura como algo central en antropología, gran defensor del trabajo de campo, activista antirracista e impulsor de los 4 campos de la antropología. La visión totalizadora de la realidad humana hace que Boas funde el departamento de antropología en Universidad de Columbia en 1896, la triple AAA en 1902 junto con la revista *American Anthropologist*. Boas defendió que una de las misiones de la antropología era superar los preconceptos y estereotipos raciales.

Después de la 2ª Guerra Mundial aparece una nueva generación de antropólogos, una mejora del estatus de la antropología y un fuerte proceso de institucionalización (departamentos, tesis, asociados de la AAA). Además, se recupera el evolucionismo de Morgan a través de Leslie Whyte (en la Universidad de Michigan de 1930 a 1970), admirador del socialismo soviético, quien defendió que la tecnología es determinante de la cultura. Esta antropología evolucionista convivirá con otros dos paradigmas, el estructural-funcionalismo británico y la antropología cultural de orientación psicológica. En los años 1960 iniciará su auge la antropología simbólica, principalmente en la Universidad de Chicago, y en los años 1970 se hará notar la influencia del pensamiento de Marx. Es ahora que se empezarán a notar dos polos intelectuales en confronto, el primero representado por el materialismo, el marxismo y la economía política, el segundo por el idealismo, el simbolismo y el interpretativismo. A este confronto hay que asociar otro, el del positivismo vs constructivismo, dentro del cual la corriente de la etnociencia o antropología cognitiva se desmarca como una tercera vía.

En este cuadro histórico, José Antonio se detiene un poco más en el análisis del pensamiento, obra

y biografía intelectual de autores como Víctor Turner, Clifford Geertz, Marvin Harris, Eric Wolf, Sydney Mintz y Marshall Sahlins. A continuación, José Antonio nos presenta un sugerente debate que arranca en los años 1970 sobre la identidad de la antropología como ciencia reflexiva y crítica o ciencia aplicada. Es un escenario de tensión creativa entre la teoría y la práctica, la teoría y la aplicación política, algo constante en la historia de la disciplina. El capítulo remata con una lúcida reflexión sobre la institucionalización académica de la antropología en los Estados Unidos, el mayor peso de la genealogía y la herencia de cargos anteriores y la práctica exogámica en todos los departamentos en las últimas décadas. La circulación es hoy lo que prima, los cambios de departamento son frecuentes en la carrera de los antropólogos universitarios, las becas son abundantes para los alumnos, en definitiva, un panorama diferente del que tenemos en muchos contextos europeos.

El capítulo III. (Stanford. Un paradigma de diálogos, confrontación y distancia) es un análisis de un caso de estudio departamental. José Antonio disecciona el homo academicus antropológico de este departamento emblemático fundado en 1953, de una universidad privada para gente acomodada. El punto de partida es una cultura departamental del respeto por la diversidad de antropologías, del vive y deja vivir. Más tarde con la entrada en el departamento de biólogos y psicólogos, junto con el desarrollo de un programa de biología humana, los conflictos acabaron por dividir el departamento en dos, uno más culturalista y otro más biologicista. A ello hubo que añadir las luchas entre generaciones y otras variables como las relaciones personales, las afinidades teóricas, las simpatías humanas y las confrontaciones con la administración de la universidad. José Antonio nos muestra una contradicción de los propios antropólogos, que es su inhabilidad para apreciar y tolerar el otro, para tolerar las diferentes formas de pensar, es decir, una falta de práctica de lo que enseña. La división del departamento se produjo en 1996 y generó un sentimiento de liberación y de nostalgia al mismo tiempo. Y la reflexión que hace José Antonio de ello es muy sugerente, poniendo el foco en la conversión ideológica, metodológica, teórica e institucional de los

antropólogos, e incidiendo en las modas intelectuales, su jerarquía en el mercado simbólico académico, el *mainstream*, las hegemonías y las diferencias. Estas últimas asumen el riesgo de ser marginalizadas en sus extremos. Algunas de las conversiones a las que hace mención se centran en el paso del positivismo al interpretacionismo, de antropólogo en nativo, de disciplinares a interdisciplinares.

Pero frente a la división extrema en el departamento, nuestro autor hace una observación crítica, y es que no se leen los unos a los otros, algo que Kuhn (2005) había apuntado al reconocer las dificultades de comunicación entre dos comunidades científicas, y proponer el descubrimiento de los obstáculos y posibilidades de diálogo para recuperar la comunicación. De esta forma, la historia del departamento de antropología de Stanford tiene un hito importante, que es la reunificación del mismo en el año 2007, debido a presión administrativa superior. Y después de presentar los contornos del debate sobre la definición de realidad estudiada, el capítulo cierra con un aporte sobre el giro politizador y moralizador de la antropología en los últimos 30 años, pues esta no se ha preocupado solamente por comprender el modo de vida de la gente, sino de influenciar su vida, cambiar el mundo, crear una consciencia crítica, abrir nuevos horizontes y posibilidades.

El capítulo IV (Berkeley. Un nido de genios) viaja a California para mostrarnos su ambiente antropológico universitario creativo, con identidad y recursos, pero sin constituir una escuela de pensamiento. La historia de este departamento se inicia con su creación en el año 1901, por Alfred Kroeber, y asienta en una fuerte tradición científica y estadística, en el centro de la etnociencia y la antropología cognitiva en los años 1950-60, y en la emergencia de propuestas antropológicas críticas y reflexivas protagonizadas por antropólogos postmodernos. Su historia no está exenta de conflictos entre antropólogos cognitivos y ecológico-materialistas, pero también de superación de estos a partir de los años 1990, coincidiendo con la dirección de Stanley Brandes, la competencia con la Universidad de Chicago y la presencia de antropólogos como Paul Rabinow, Nancy

Sheper-Hughes, Aihwa Ong o Laura Nader. El edificio sede del departamento es compartido con Expresión Artística, e igualmente que Stanford, hay una relación entre el departamento y el museo de antropología (Phoebe Apperson Hearst). Pero a diferencia de lo habitual en los Estados Unidos de América, el departamento tiene una biblioteca propia (George and Mary Foster Anthropology Library). Otra diferencia es su eclecticismo intelectual, la mayor influencia europea en el pensamiento antropológico, y la crítica pública de la realidad social (ej. Guerra de Vietnam), menor hoy en día según José Antonio.

En el año 2004 se produce en el departamento un debate sobre cómo afrontar los problemas sociales desde la antropología y las posturas fueron (Fernández de Rota, 2012: 126):

- a) El compromiso activo y el activismo de la implicación intelectual.
- b) La crítica radical a la ideología dominante y a la globalización.
- c) La articulación de a) y b).

José Antonio caracteriza también este departamento como un ejemplo del proceso de cambio del interpretativismo del significado a la producción del significado y del poder, y se detiene a analizar las contribuciones de autores como Nancy Scheper-Hughes y Paul Rabinow, tanto al postmodernismo como a la antropología postcolonial. Concluye este capítulo con una diferencia epistemológica entre las personas que intentan resolver los problemas del mundo y los que intentan entender como las personas otorgan sentido a sus vidas en ese mundo, habiendo también personas y antropólogos que hagan las dos cosas. Es este un debate sobre el papel público de la antropología, que continúa hoy en día.

El capítulo V (Debates y Fronteras) presenta los términos de un conjunto de debates con los siguientes ejes: a) Objetividad – Subjetividad; b) Neutralidad – Militancia; c) Verdad y realismo – Reflexividad; d) Investigar solamente – Actuar con compromiso ético-

político; e) Empiristas – Interpretativos; f) Realistas / Antirrealistas; g) Positivistas o científicos / Reflexivos; h) Humanistas / Científicos; i) POMOS / CIENTÍFICOS. En ellos intervienen antropólogos como D'Andrade, Nancy Scheper-Hughes, Adam Kuper, Marvin Harris, Jonathan Friedman, Laura Nader, Kathleen Gough, John Davis, Ian Hacking, etc. Y a un dado momento, después de una detallada exposición y diálogo con los autores en causa, José Antonio se pregunta si es posible una zona de negociación como en el caso de Berkeley (Fernández de Rota, 2012: 183), pues el principal problema de estos debates es la dificultad de comprender las ideas del adversario, nos dice.

Si bien existen entre los antropólogos llamados “humanistas” y los “científicos” diferencias en los estilos de expresión, las formas de entender el mundo, las actitudes, los principios y los estilos de pensar, se considera necesario un diálogo antropológico entre ambos y también entre los diversos representantes de cada corriente. Y en el medio de esos complejos debates teóricos, pero también ideológicos y políticos, José Antonio afirma que “quedan los datos” (Fernández de Rota, 2012: 194), es decir adopta una postura empirista que destaca el valor del trabajo de campo y la etnografía como pilares de la tarea antropológica.

En este capítulo, y en su parte final, se afirma que más allá de las fronteras y debates anteriores, a finales del siglo XX hay dos factores clave que crean una crisis epistemológica en la antropología estadounidense. Ellos son la influencia francesa y el influjo de los teóricos del sistema mundial como Wallerstein y Eric Wolf. Pero al final de todos esos debates, lo que sale ganando es la revalorización del trabajo de campo en los dos bandos, sin un triunfo claro de ninguno y con diferencias en la forma de desarrollarlo y de relacionarlo con el compromiso social. Para ello nos presenta como ejemplos a Paul Rabinow y Nancy Scheper-Hughes.

El capítulo VI (Rice. El espíritu duradero de una revolución) es dedicado a analizar la cultura departamental y los debates en la Universidad de Rice (Houston), muy ligada a la tecnología y al petróleo del estado de Texas, y que han tenido como bandera la

etnografía experimental. Sus máximos representantes son George Marcus, Stephen Tyler y Michael Fischer, y están asociados a la revista *Cultural Anthropology*. Aquí se detiene José Antonio en analizar la obra y pensamiento de George Marcus y de Stephen Tyler, este último un antropólogo cognitivo y experimental para quien el significado es un fenómeno contextual. Nuestro autor también presenta una clave interpretativa importante aquí, y es la tensión entre una antropología experimental y la necesidad práctica de construir y ganar proyectos de investigación y becas siendo evaluados generalmente por evaluadores más clásicos y “científicos”, que controlan el canon disciplinar y las instituciones de financiamiento científico.

El capítulo VII (Retorno a los orígenes: Santa Cruz), muestra un caso de estudio de un espacio académico más calmo, sereno, relajado, con menos tensiones y más diálogo que en Berkeley y Stanford, y como ello ha creado otra cultura de la convivencia. En este caso estamos hablando de 2 departamentos muy próximos, el de antropología, y el de historia de la consciencia (James Clifford, Donna Haraway, Hayden Whyte). En este capítulo, José Antonio pone a prueba el valor del trabajo de campo según el punto de vista de los antropólogos a través del diálogo con James Clifford, David Schneider y otros para entender qué sentido tiene para un antropólogo hacer trabajo de campo. David Schneider no cree que el trabajo de campo sea la identidad diferencial de la antropología, sino las ideas y la innovación de la propia disciplina, y desde su punto de vista una buena teoría no se puede separar de una buena etnografía.

Pero para autores como James Clifford, que rechaza la etiqueta de postmoderno, que no ha hecho trabajo de campo y que es un historiador de la antropología, el trabajo de campo es un elemento de identidad diferencial de la antropología, un proceso y un legado al mismo tiempo, un aprendizaje, un momento de escucha y de entender diferentes formas de vivir. En su perspectiva, la etnografía cuestiona y critica la globalización homogeneizadora y la destrucción de culturas locales. James Clifford no cree en el realismo ingenuo de la etnografía experiencial clásica, sino más

bien en una etnografía más dialógica, polifónica y que retrate el proceso de representación compleja hecha por el etnógrafo en una negociación política más que una colección de datos.

El capítulo concluye con un análisis de las propuestas de dos “científicos”, Donna Haraway y Don Brenneis. La primera es una bióloga feminista que se ha pasado a la filosofía de la ciencia y que está muy próxima de la antropología y la historia. Su aporte es que el proceso de conocimiento científico es un movimiento de poder no un movimiento hacia la verdad. La ciencia procura la objetividad, pero no se puede entender esta como algo “real”, sino como objetividad encarnada y condicionada por la política y otras dinámicas, es decir, una visión no única, sino desde un sitio donde se produce una tensión entre saber y poder.

Donald Lawrence Brenneis es un antropólogo de Santa Cruz que ha sido presidente de la AAA y que se entiende bien con postmodernos y científicos, es decir que reúne un consenso general, uniendo a los antropólogos en el medio de tantas diferencias. Él ha reivindicado la unión de los antropólogos frente a los “enemigos”, respetando la heterogeneidad antropológica y desarrollando una habilidad diplomática. Es decir, todo un programa político para la antropología en tiempos de mercantilización y gestión empresarial de la ciencia, privatización parcial del conocimiento. Según Don Brenneis las clásicas formas de evaluación científica son negativas para los proyectos innovadores, las métricas del impacto científico provocan que haya una distinción entre disciplinas más o menos vendibles. El autor analizado por José Antonio propone una antropología comprometida que busque un lenguaje común, superar los malos entendidos, crear voluntad para entenderse, construir consensos, integrar a los antropólogos no académicos y abrir caminos y puertas a profundas formas de comprensión.

El capítulo VIII (Lo realmente real. Intervenir representando) fundamenta la identidad de la antropología en el trabajo de campo, la preocupación por los problemas contemporáneos de la gente y el compromiso en su solución a través del conocimiento. Es

una especie de “curar y cerrar las heridas”. Más allá de los debates intelectuales y tensiones personales entre “científicos” y “postmodernos” existen muchos matices de grado, pues existen interpretacionistas eclécticos y científicos antipositivistas, hay también flujos y posiciones personales diferentes dentro de esos grupos. Pero en general y como afirma José Antonio los antropólogos suelen encontrar más defectos en ellos que los que nos encuentran nuestros peores enemigos (Fernández de Rota, 2012: 288). Ambos grupos concuerdan en el refuerzo del trabajo de campo, pero replanteándose los trazos tradicionales del trabajo de campo: observación-participante, lugar de encuentro, larga duración, preocupaciones teóricas. Después de las crisis de objeto de estudio, el regreso a casa aceptado, el trabajo de campo fuera y en casa ya aceptados, el estudio de las diásporas, las migraciones y los cosmopolitas, es evidente que hay que estudiar el sistema mundo globalizado desde las dinámicas transnacionales y los flujos de relación internacional.

El replanteamiento pasaría según los interlocutores de José Antonio por definir unidades de investigación más flexibles, hacer trabajo de campo multisituado, estudiar unidades políticas y no territoriales, seguir atendiendo a lo local y el estudio localizado de grupos de personas redefiniendo el lugar de encuentro con ellas. Inmersión y comprensión serían las palabras de orden consensuales en este replanteamiento, pero aplicadas de dos modos en función del tipo de trabajo antropológico a desarrollar. Lo habitual será el trabajo de campo de larga duración (1 año mínimo), hegemónico y de sabor elitista y estatutario. El otro tipo será el de evaluación corta, menos prolongado y más propio de la antropología aplicada. Lo cierto es que el trabajo de campo es para los antropólogos como un estilo de vida, un medio para un fin, un instrumento de investigación y un esfuerzo hecho hoy con menos heroísmo que en el pasado, aunque con sus dificultades y durezas. Para los antropólogos de los EE.UU., en el trabajo de campo se cruzan las fuerzas de las relaciones humanas (ej. complicidad, compromiso, confidencialidad) con la atracción de la aventura intelectual, por ello se puede considerar más una estrategia que un método. Además,

reclaman la existencia de evaluaciones para las ciencias sociales diferentes de las ciencias naturales.

El capítulo VIII concluye con una reflexión sobre la innovación y el renacimiento de la antropología según los antropólogos made in USA, como si no fuera suficiente vida 270 departamentos y más de 100.000 estudiantes. Por un lado, proponen la abertura a la interdisciplinariedad, por otro antropologizar otras disciplinas y la propia antropología, reconociendo el enorme éxito de los temas tradicionales de la antropología. A pesar de la mayoría trabajar en universidades privadas reconocen la antropología como un servicio público, archivo y repositorio del saber, pero lo que es aún más importante, como una forma de dar forma a la realidad, no solamente un instrumento formal para ver la realidad.

El posfacio del libro (Posfacio: Crítica y crisis antropológica) es obra de Antón Fernández de Rota, hijo de José Antonio y también antropólogo, quien hace una revisitación del texto anteriormente reseñado y también una relectura de la antropología estadounidense que el también conoce, una antropología crítica, de denuncia de las injusticias, contra la política exterior de los EE. UU y descolonizadora. Una antropología con una vitalidad expansiva en sus debates de los últimos 120 años, en los cuales el antropólogo ha acabado para algunos como un viajero comprensivo y por veces subversivo, en medio de lo que se ha denominado crisis, pero que sin abusar tanto de la palabra es un cambio más o menos revolucionario,

más o menos positivo, más o menos lento según las miradas. Para otros, la antropología es una ciencia consolidada en los EE. UU, que ha multiplicado sus audiencias y las formas de hacerse atractiva reinventando el trabajo de campo como fortaleza epistemológica, metodológica y ética de la disciplina. Antón concluye citando a Comaroff (2010) en su interpretación de la antropología como “indisciplina crítica” que responde a la cuestión de ¿qué es el ser humano hoy?, y como sin el trabajo de campo seríamos filósofos de segunda o ideólogos, y sin conceptualización crítica periodistas.

En definitiva, un libro extraordinario y único, que sigue fecundando la antropología y que comparte con maestría el profundo conocimiento de la realidad institucional e intelectual de los debates postmodernos en la antropología estadounidense, y que nos permite hacer un juego de espejos comparativos con otras tradiciones y cánones antropológicos.

Referencias bibliográficas

Comaroff, John (2010). “The End of Anthropology, Again: On the Future of an In/Discipline”. *American Anthropologist*, 112: 524-538. doi: <https://doi.org/10.1111/j.1548-1433.2010.01273.x>

Kuhn, Thomas S. (2005, or. 1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: FCE.